



# La Santa Sede

---

## **ORACIÓN DE JUAN PABLO II A LA SANTÍSIMA VIRGEN**

*Plaza de España  
Martes 8 de diciembre de 1998*

1. ¡Oh, María!,  
estamos nuevamente a tus pies,  
el día en que celebramos  
tu Inmaculada Concepción,  
y te suplicamos,  
como hija predilecta del Padre,  
que, durante este último año de preparación  
para el gran jubileo del 2000,  
nos enseñes a caminar  
unidos hacia la casa paterna,  
a fin de que toda la humanidad  
sea una sola familia.

2. ¡Oh, María!,  
desde el primer instante de la existencia  
fuiste preservada del pecado original,  
en virtud de los méritos de Jesús,  
de quien debías convertirte en Madre.  
Sobre ti el pecado y la muerte no tienen poder.

Desde el instante en que fuiste concebida  
gozaste del singular privilegio de estar llena  
de la gracia de tu Hijo bendito,  
para ser santa como él.

Por eso, el mensajero celestial,  
enviado a anunciarte el designio divino,  
se dirigió a ti, saludándote:  
«Alégrate, *llena de gracia*» (Lc 1, 28).

Sí, oh María, tú eres la llena de gracia,  
tú eres la Inmaculada Concepción.  
En ti se cumple la promesa  
hecha a nuestros primeros padres,  
evangelio primordial de esperanza,  
en la hora trágica de la caída:  
«Pondré enemistad entre ti y la mujer,  
y entre tu linaje y el suyo» (Gn 3, 15).

Tu linaje, oh María,  
es el Hijo bendito de tu seno, Jesús,  
Cordero inmaculado que cargó sobre sí  
el pecado del mundo, nuestro pecado.  
Tu Hijo, oh Madre, te preservó  
para ofrecer a todos los hombres  
el don de la salvación.  
Por eso, de generación en generación  
los redimidos no dejan de repetirte  
las palabras del ángel:  
«Alégrate, *llena de gracia*,  
el Señor está contigo» (Lc 1, 28).

3. ¡Oh, María!,  
de Oriente a Occidente,  
ya desde los comienzos,  
el pueblo de Dios profesa con fe  
que tú eres la toda pura,  
la toda santa,  
la Madre excelsa del Redentor.  
Lo testimonian a una voz  
los Padres de la Iglesia,  
lo proclaman los pastores, los teólogos  
y los más grandes confesores de la fe.

En 1854, mi venerado predecesor  
el Sumo Pontífice Pío IX

reconoció oficialmente  
la verdad de este privilegio tuyo.  
Como perenne recuerdo  
de ese acontecimiento  
fue erigida aquí, en el centro de Roma,  
esta columna,  
desde la que velas maternalmente  
por la ciudad.  
Desde entonces, todos los años,  
en esta fiesta solemne,  
la Iglesia y la ciudad de Roma  
con su Obispo vienen aquí, a la plaza de España,  
para honrarte a ti,  
signo de segura esperanza  
para todos los hombres.

Con este acto anual de veneración  
profesamos que queremos volver  
al designio originario y eterno  
de nuestro Creador y Padre,  
y repetimos con el apóstol Pablo:  
«Bendito sea Dios,  
Padre de nuestro Señor Jesucristo. (...)  
Él nos eligió en la persona de Cristo,  
antes de crear el mundo,  
para que fuésemos santos  
e irreprochables ante él» (*Ef 1, 3-4*).

4. ¡Oh, María!,  
tú eres la testigo de esta elección originaria.  
Guíanos tú, ¡oh Madre!, que conoces el camino.  
A ti, Inmaculada Concepción,  
se consagra hoy el pueblo de Dios  
y toda la ciudad de Roma.

Protégenos siempre y guíanos a todos  
por los caminos de la santidad. Amén.

---

©Copyright - Libreria Editrice Vaticana